

COMENTARIO A LA FUNCIÓN –UNO

“ProtAgonizo - para conocerse a uno mismo... en el otro”

‘Solamente desde el humilde y divertido reconocimiento de nuestra insignificante pequeñez cósmica, podemos vernos con autenticidad’

TÓPICOS. Si te cuentan el argumento, pues vaya novedad: que si una mujer en medio del camino de su vida, que si una actriz en la crisis de los cuarenta ve cómo le dan puerta y paro los directores que le sorbieron la savia de los mejores años y ahora le dejan en la cuneta, como a un perrito. Si te dicen que lo ha escrito ella, pensarás que claro, el berrinche contra todo y contra todos, que estará hasta el moño de los derechos de autor, de tener que ponerse a buscar en una biblioteca, a aprender lenguas vivas o idiomas muertos, que es tarde para todo eso, que ya lo creo que hay textos interesantes pero ninguno que hable de lo mío: por lo tanto, autobiográfico, sí, y con estructura de bolso de mujer, ¿qué pasa?, ¡basta de Aristóteles! Si te enteras que lo dirige e interpreta ella misma, te pones a pensar y a temblar, porque, verás tú dónde estará el ritmo, los engarces, la moral, y quién cuidará del subtexto, del superobjetivo y la visión global... Después está lo del desnudo. Porque, aunque muchos dejarían todo esto antes de saber que la actriz está en pelota picada casi toda la función, otros se apuntarían precisamente por este mismo motivo. No me importan ni unos, ni otros; ni los mentirosillos que dirán, ‘se te olvida, a los dos minutos se te ha olvidado que está desnuda’, porque para ellos los dos minutos se prolongan hasta el final de la función, por eso de los viejos traumas, de los deseos fallidos, pero, sobre todo, ‘porque la mujer está realmente buena’. No me importan aquí tanto la convención y el lugar común, aquella ofuscada, este vulgar, como los de mejor actitud, los que se dejan llevar por la admiración, la política o la empatía, que, respectivamente, hablarán del valor, ‘hay que tener los ovarios bien puestos para enseñarse así’, de la cultura, ‘¿por qué no teatro nudista?, allí hay un filón de público nuevo para nuevo espectáculo,’ o de la compasión, ‘me he sentido contigo toda la función, que ¡queeeeé sinceridaaaaá!’.

AL GRANO. Lo que aquí se ve es un pedazo de actriz, que escribe como los ángeles y que nos cuenta su historia como Dios; el resultado es que el tiempo se pasa en un santiamén sin que te des cuenta, y que te ríes un montón sin que nunca se caiga la sonrisa del rostro. Ahora voy a tratar de formular tres virtudes de la Bellver (y le pongo el artículo con todo respeto, como a la Xirgu, por ejemplo, porque ella también es grande): uno, su valor tiene que ver con su capacidad para mirar cara a cara a la verdad, sin cegar por ello; dos, su talento consiste en su capacidad para convertir la verdad del alma en verdad poética y escénica; y tres, su sabiduría es ese sexto sentido, esa conciencia testigo, con la que equilibra el fiel de la balanza de la experiencia vital que tan generosamente nos ofrece: a más soledad, más amor; a más dolor, más humor; y el resultado es espléndido, divertido y profundo a un tiempo: vayan a verla pues una crítica buena (ni mala) logra nunca sustituir la experiencia, vayan a verla pues saldrán conmovidos y enamorados del teatro. Muchas gracias, Ester, mi amor. Vale.

Juan Antonio López Esteve

Universidad Complutense de Madrid

Madrid, sábado día 19 de diciembre de 2009

COMENTARIO A LA FUNCIÓN –DOS

“Espejo de mi alma”

A partir de un breve texto de José Sanchís Sinisterra, los creadores y directores de la Sala El Montacargas dieron a luz en el año 2008 una perla de teatro clásico, *El canto de Juan Rana*, que en el Siglo de Oro habría hecho feliz a Calderón, a Lope, a Cervantes, y hoy al público sencillo o cultivado del Festival de Almagro. Este año, con *ProtAgonizo*, de Ester Bellver, descubren, acogen y presentan una joya original, innovadora del teatro moderno, concebida e interpretada por Ester Bellver, que merece todos los escenarios del mundo, la máxima atención crítica y el amor incondicional del público.

DE LOS TRES BUFONES DEL REINO. En una Monarquía Parlamentaria en la que su Majestad no cultiva el gusto por la representación del Gran Teatro del Mundo, Albert Vidal, debería disfrutar título y reconocimiento de Gran Bufón del Reino, Angélica Liddel, su ángel caído, alma rota de aquél de cuyo nombre nadie quiere acordarse, debería comer a su siniestra, ser Bufona *do* Gran Resentimiento, y Ester Bellver, que abarca con su enorme registro el arco entero del ángel preferido y no admite entrar ‘en ningún conjuntito’, ser, a la diestra del padre, Bufona *da* Verdad Desnuda...

Escribo esta nota crítica con la urgencia de Pitágoras cuando salió en bolas de su bañera para saludar el hallazgo y la aurora de la geometría –¡eureka, eureka!– y, con la inquietud de quien sabe que, haga lo que haga, la noticia no puede propagarse de boca en boca tan rápido como la luz, por eso os digo que vayáis a ver, quiero decir, a vivir esta obra, que no os perdáis este momento singular de la historia del teatro, porque esta función, que en París, Londres o Nueva York, duraría 30 años, si Dios no lo remedia, corre el riesgo de perderse en su segunda prórroga. Algo hay que corregir en un sistema de control de la producción teatral que pone el foco en la cantidad y no en la calidad: ay, como si cupiera aplicar el *taylorismo* al mundo del teatro alternativo en un sistema que no quiere ni sabe reconocer –y prolongar en el tiempo– a sus criaturas más hermosas: pues esta de Ester Bellver es una de ellas.

Las funciones más interesantes son las que nos plantean las preguntas más sencillas, que tienen que ver con la vida y son difíciles de responder; para lograrlo, a veces resulta que llegan al público del modo más natural, pero incomodan al productor, al jefe de sala, al director del teatro, al programador, al presidente de la comunidad de propietarios y hasta al político de turno, que conforman las mil y una máscaras del censor de nuestro tiempo; pero también está la censura que nace de la envidia del compañero de profesión, del ego del director teatral que cree merecer el puesto institucional que le regaló un amigo o la vanidad del crítico de periódico cuya mirada se ofuscó hace tiempo, ¡Dios mío, todo el mundo empeñado en juzgar lo que no es capaz de mejorar! Las funciones más interesantes son las que, arrojando luz sobre nuestra condición, nos transforman: para ello, a veces, rompen, cambian o desplazan el marco del pensamiento con que han de contemplarse. Este trabajo pertenece también a esa rara clase de trabajos genuinos (perdona, Ester, que lo incluya en un ‘conjuntito’) que nacen, como la caída del amor, de una experiencia trágica donde dolor, soledad y lucidez dan un fruto tan precioso como vulnerable, tan hondo como divertido. Esta función depende –como todas, pero esta más– de la inteligencia, la sensibilidad y el sentido del humor del espectador, que debería hacer examen de conciencia antes de entrar en la sala y volverse a casa si no se siente capaz de desnudar la mirada, verse en el otro y dejar que la sonrisa se dibuje sola. Este texto que nos ha escrito Ester sólo se puede leer con ternura, respeto y admiración; esta función que ha escrito, actuado y dirigido –¿cómo es posible ser a un tiempo

escultura, escultor y arcilla?- es un regalo de los dioses, sencillo y profundo. A veces, una actriz, tres espejos y veintidós focos bastan para hacer el milagro. En un mundo en el que la palabra sirve para ocultar el pensamiento, la de Ester sirve para ofrecerse tal como es. A veces, una actriz se viste hasta quedar desnuda, su cuerpo iluminado por la verdad interior, y entonces el público siente en el asiento que algo transforma la mirada, que con amor incondicional recibe un río de recuerdos y baja a beber encantado de las aguas puras de la representación.

ProtAgonizo es libro de poemas y canciones, cuadros de exposición, cuerpo de escenas –si abro el índice, enseguida deseo saltar a la lectura; el texto es único, no tiene género pues los incluye a todos (como el color blanco todos los colores), comedia, absurdo, melodrama y tragedia; es lección de teatro, un bombón exquisito que explota en la boca del crítico, en los labios del dramaturgo y en las manos del director de escena; es actriz excelsa, de tantos registros como cuerda de violín, el *clown* y la *vedette*, la cantante de ópera y del café teatro, la cómica trágica y la característica; es teatro de cámara, es teatro puro, es teatro de verdad; en esta pieza, importa más la vida que el teatro y la verdad que la mentira; en esta obra, la actriz, por arte de la máscara inversa, se vuelve contra sí misma y convierte su persona en personaje. *ProtAgonizo* es realidad, emoción e imaginación, no es ficción: presenta un desnudo insólito, conceptualmente distinto a todos los desnudos escénicos conocidos hasta hoy, un desnudo que no haría falta explicar si no fuera por la tontería o el prejuicio general: porque, en rigor, no hay tal, hay una actriz que sale a escena, canta o cuenta sin ponerse ni quitarse nada.

Desnuda la actriz, desnuda la verdad y la mirada del espectador desnuda. Que ¿por qué?, pues ¿cómo estoy yo?, ¿cómo estás tú?, ¿cómo la verdad?

El desnudo, de ser, sería un punto de partida, no la expectativa final marcada-vestida por el ritual; el desnudo es fundamento para la acción, para la agonía cómica, poética y trágica que ofrece este texto. El desnudo no es, a mi juicio, casual, caprichoso, gratuito, ideológico ni pornográfico: por tanto, no se puede decir que este teatro sea, respectivamente, nudista, dadá, convencional, político o vulgar sexualmente hablando; el espectador no encuentra estas connotaciones en el desnudo de la actriz, como no las halla la madre que observa a su bebé recién parido, ni el pintor en la modelo que posa desnuda para el cuadro. El desnudo es máscara inversa, máscara adentro, primordial, cuerpo del espíritu que nos arroja a la vida interior del personaje; la trasgresión del desnudo en la representación del texto es la trasgresión de la poeta, la santa... y la loca que las reúne en su delirio: pues el sin vestir es físico, poético y filosófico, y en los infinitos planos del desnudo que nos entrega la actriz, están todos los desnudos, el desnudo del amor estremecido, el desnudo de la inocencia quebrada, el desnudo de la luz más desolada... pero también la risa abierta, la sonrisa clara, el corazón partido. Naturalmente, no hay nada nuevo bajo el sol, pero cuando el relato es verdadero y te lo cuentan tan bien, tan bien que sientes que sucede por primera vez, entonces te quitas el cráneo... y te das cuenta de que te has quedado en pelotas.

La protagonista dibuja con precisión e inocencia, con la precisión de la mano de Matisse, la inocencia de un llanto de Rivel y la pasión de un bolero de Ravel, dibuja, digo, la vida de la niña que fue en el Madrid de los años 70, la iniciación artística de una joven vedette de los años 80, y la experiencia de una actriz en dos teatros enormes, de referencia, de los años 90. *ProtAgonizo* nació fuera del marco del teatro comercial, oficial y alternativo: en el mes de octubre lo acogió El Montacargas por la generosidad y libertad de juicio de sus directores. *ProtAgonizo* es fruto de dos años en los que el paro profesional de la actriz ha desatado la fiebre de la mejor creación teatral: de género mestizo, como no podía ser menos en una actriz viajada por el Music-Hall, Valle-Inclán,

Ibsen...; la naturaleza autobiográfica del texto recuerda (nada es casual) a otro protagonista, Alberto Jiménez, y merece la atención de la inteligencia académica; su excelencia dramática, la innovación conceptual y formal de la propuesta escénica y su excelsa interpretación merecen espacio escénico y tiempo frente al público en los mejores teatros del mundo. Amén.

Juan Antonio López Esteve

Universidad Complutense de Madrid

Madrid, domingo día 20 de diciembre de 2009